Núm. 8 Madrid 25 de Junio de 1915 Año I

LOS QUIJOTES

Precios de suscripción Publicación quincenal 25 ejempls. 75 cts

Un año..... 1,50 Administración: Pasaje del Comercio, 8.--Madrid Núm. suelto 5 cts.

Diálogo entre Don Quijote y Sancho

Donde Sancho da á su amo y señor una lección de cordura que el famoso Caballero Andante rechaza indignado.

El duro lecho de la venta, amén de los insectos y de los roedores que durante toda la noche habíanles inquietado, fueron partes para que amo y mozo, sacudiendo con violencia la pereza se pusieron de pie apenas comenzó á rayar el alba.

A Don Quijote su fé y su ideal hacíanle fuerte contra todas aquellas desventuras; no así á Sancho que sentía la nostalgia de su aldea y de su casa en la que si la abundancia no hacía reventar las trojes del sobrado, tampoco abrumaban los apremios del trabajo. Así mohino por la falta de descanso, encaróse con su amo y después de rascarse la cabeza, como para ayudar á las ideas á que traspasaran la corteza del celebro, le dijo:

—Me va á perdonar su mercé el que le diga una cosa que se me anda por el cuerpo y que si no se la digo reviento, porque yo no soy de los que dicen viva la gallina aunque sea con su pepita y al buen callar llaman Sancho, que más vale una razón mal dicha que ciento bien calladas y quien bien te quiere te hará llorar.

—Habla ya, hombre ó demonio, que los refranes se enredan en tu boca para hacerte perder el juicio y para quitar la calma á quien te escucha.

—Pues ha de saber mi amo, que á lo que tengo visto, este oficio de la caballería andante, no es necesario en la república. Estese cada hombre en su trabajo de su campo, de su industria ó de su estudio y queden como unos locos sueltos los que á las armas se dedican, que pronto dejarán de encontrar quien les preste atención y les dé asilo.

—Ya sabía yo, Sancho, que una herejía y grande iba á brotar de tus labios. ¿Quién sino los hombres de armas van á socorrer las doncellas, proteger á los débiles y castigar las demasías de los fuertes? El mundo no puede vivir sin caballeros que se dediquen al ejercicio de las armas y así, Sancho amigo, lo han dispuesto otros más sabios que tú.

—Eso de más sabios, lo serán en sus casas, mi amo, y si así lo dispu-

Biblioteca Nacional de España

sieron es porque no anduvieron como nosotros tentando aventuras y tocando desventuras. Y en cuanto á lo demás, que las doncellas hilen, que los débiles apaleen lana si no pueden descortezar alcornoques y que los fuertes saquen agua de las norias ó se estén en las cárceles de sus pueblos si su fuerza es tanta que con hierros hay que dominarla. Cada uno á su oficio y que se acabe de una vez el de los caballeros y soldados.

—Eso estaría bien, Sancho amigo, si cada uno de los hombres fuese amante de la paz y de su oficio y quisiera vivir tranquilo en él, pero como así no sucede, son precisas las armas para imponer el oficio y la paz á los débiles.

—Pues que empiecen dando ejemplo los caballeros y los soldados y ya habrá menos hombres fuera de este orden y esta disciplina.

E. Barriobero y Herrán

REDENCION

Hace ya varios días y en uno de esos momentos psicológicos en que el cuerpo anda y la imaginación piensa, *desperté* por decirlo así, en un conocido merendero de los Cuatro Caminos... Estos ratos de neurastenia aguda, los padecemos con frecuencia todos los que por desgracia formamos en ese pelotón de imbéciles que carece de bienes de fortuna y que se les niega el más sagrado derecho: el vivir... Porque encima de todo, también se nos tacha de imbéciles...

Ello fué, que me vi rodeado de un centenar de lindas figulinas, encarnadas en traviesas muchachillas, que al compás del desacreditado piano de manubrio, *agonizaban* lascivamente en un apretadísimo *agarrao*...

Y cómo cuando la imaginación piensa le secunda instantáneamente la materia, que no hay función orgánica sin función imaginativa, (¡!) yo pensé *in menti*, mientras me rascaba (¡perdón!) profanamente el parietal derecho: «Pues señor, estas chicas se mueren de gusto, sin poder alcanzar los auxilios espirituales... No, ya no hay tiempo. La materia se ha sobrepuesto al alma, á la virtud, al candor...»

.....

Ha terminado la danza y una de ellas me interroga inocentemente:

—¿Le ha gustado el baile?...

—Mucho, hija, mucho...

—¡Pero usted, no baila!...

—¡A mis años!...

—¡Qué lástima!... Si estuviera mi madre...

—¿Su madre? Pero... ¿viene usted sola?...

—¡¡Pá chasco!!...

Y alejóse riendo, sumándose en el grupo de irredentas...

* * *

Y yo me he separado amargamente de aquel merendero, anhelando el sagrado del hogar, de la mujer, de los padres...

José de Silva

HACED PUEBLO

A vosotros, políticos eminentes, escritores encumbrados, literatos glorificados, á vosotros, los que con vuestros escritos llenáis las columnas de los periódicos y las páginas de los libros, los que lanzáis vuestra oratoria al público, á vosotros, en fin, que sois los educadores del pueblo, me dirijo pidiéndoos que le tratéis con más amor y con menos rudeza.

Hasta ahora, la mayoría, os ensañáis con él sacándole á relucir, sin compasión ni cortesía, casi groseramente, sus defectos y sus vicios; ridiculizáis sus costumbres, con frases grotescas, para hacer resaltar más el ridículo.

Biblioteca Nacional de España

¿Qué os ha hecho este pueblo para que así le tratéis?

Triste impresión causó en mi alma patriota, el ver reproducidas, en una de las más importantes revistas madrileñas, las palabras de uno de nuestros grandes hombres, que al referirse á España dice: *Este es un pueblo despreciable.*

No; no tiene este pueblo la culpa de su desgracia; sois vosotros los responsables, los que constantemente le estáis diciendo que no sirve para nada; los que al compararle con el extranjero lo consideráis sumamente ruín; los que solo habláis de él para afearle sus defectos con palabras duras y latigazos sangrientos. ¡Raras veces sacáis á relucir sus grandezas, á pesar de tener muchas!

A España le pasa lo que al niño, que al educarle su padre, siempre le está echando en cara su brutalidad, su corta inteligencia, sin alabarle nunca sus buenas acciones. Este niño, al llegar á hombre, aun cuando tenga buenas dotes para el trabajo, se dejará morir en la inercia, convencido, por las constantes censuras de su padre, de su inutilidad para la lucha por la vida.

Está bien que corrijáis los defectos del pueblo, pero con más amor, menos groseramente, pues para hacerle comprender sus faltas no es necesario hacerle sonrojar; mas también debéis cantarle sus glorias y sus buenas cualidades, para que le sirvan de estímulo en la lucha por su bienestar.

La mayoría de nuestro pueblo se educa por lo que la prensa le enseña, pues, desgraciadamente, los libros no están al alcance de todos, puesto que sus autores los ponen precios exhorbitantes, ganando con ello mucho el editor, pero poco el ciudadano. Pues bien, esta prensa, mercantilizando la conciencia nacional, le halaga en unos vicios y le escarnece en otros; constantemente hace ver su incultura, su salvajismo y su inutilidad moral y material para igualarse al extranjero, siempre exagerándolo enormemente, y así el pueblo ha llegado á creérselo y se deja morir en la mayor indigencia.

Es necesario que llenéis las columnas de esa prensa de verdadera enseñanza para la Patria, suprimiendo de ellas las campañas personales del *más eres tú* y las extensas reseñas de toros, y en su lugar, dar á conocer al pueblo su historia, sus grandezas y sus riquezas. Crear bibliotecas educadoras, filosóficas y sociales, producto de los grandes cerebros patrios, pero á precios reducidos, para que estén al alcance del más humilde obrero. Dar al pueblo una verdadera orientación nacional. Inducir á los capitales españoles para que monten industrias modernas. Halagar al pueblo para que emprenda su tarea reinvidicadora. Hacer verdaderos hijos que adoren á su Patria, y que pronuncien el nombre de España con veneración y orgullo. Y no os rindáis asqueados á la menor resistencia ó al primer desengaño que en vuestra marcha encontréis, porque vuestro deber es luchar por educar al pueblo, pues por algo se os llama *Glorias nacionales.*

Luis Tous.

De nuestra primera salida...

LAS MODISTILLAS

Es la hora de la agonía solar. Las calles cortesanas, las amplias vías en donde el lujo y el esplendor triunfan, arden en el rojo incendio de un crepúsculo primaveral.

Como gaya bandada de alondras turbulentas, decoran las avenidas céntricas unas muchachitas inquietas, bellas y gentiles, que con sus decires donosos, miradas matadoras y taconeo musical, levantan un florilegio de piropos, y dejan tras sí el aroma tomillero de la ropa limpia, la rosada estela de su alegría.

En el grupo atrayente y bullicioso, descuella la guapeza precoz de unas niñas nubiles...

Son las «aprendizas» del taller: sus padres,

Biblioteca Nacional de España

amantes y previsores, las llevaron á una maestra hábil y famosa que las enseñaría el oficio.

Estas niñas, ingenuas, bonitas, pasaron ya un año en la tienda.

Fueron para aprender el oficio: creció el pequeñín, llorón y voraz, que gatea ya por los suelos su miseria y abandono; pudo la hermanita dejar de ser niñera, para ascender á «aprendiza».

En vez de presenciar el trabajo de las amigas-obreras, nuestra aprendiza, se pasa el día por estas calles con la caja al brazo, meditando sobre las desvergüenzas que un señorito vago la escupió al oído; llevando la carta de una compañera al galán estudiante, que la anticipa un zarpazo de sensualidad de macho; observando en una *distinguida* concubina, la exhaltación de la inmoralidad, mientras el viejo *amable*, que tan bien paga, se cobra de la propina con una violenta caricia de sátiro.

La jovencita, apuesta y pizpireta, repasa las calles con su caja al brazo, y las osadías de las gentes van deshojando la flor de su inocencia...

Ya gana dos reales. La *buena* maestra, ha sabido pagar así su honradez y laboriosidad.

Desde las siete de la mañana, hasta que las sombras nocturnas llegan, su trabajo incesante, tejiendo las filigranas del lujo, confeccionando las maravillas de la moda, fué alegrado por la charla reidora de las obreritas, por una íntima evocación de las pasadas horas gratas, de las esperadas confidencias prometedoras con el gallardo y simpático estudiante que la enseñó á musitar á dúo las tiernas plegarias del querer.....

¡La noche había sido mala! Llegó el padre borracho y sin jornal; la débil protesta de la esposa fué castigada con unos golpes brutales, también alcanzados por la niña: «Mala pécora, que mancha el *honor* familiar *entregada* á un señorito...»

¡Era grave el caso! ¡Era grave el insulto! Por la mañana, silenciosa y temblando, abandona la habitación miserable la pobre chica, decidida á contar sus dolores al novio—tan digno y tan bueno—; lo esperó por la Universidad.

Llega el mozo, y desoyendo, en sus pocos años, el horror de aquella vida ignorada y trágica, arrastróla por los solitarios barrios propicios, en donde unos besos inoportunos y despertadores, sin secar sus lágrimas, queman el rostro de la infeliz doncella.

Quebrado el hechizo de la ilusión bendita, presta la aprendiza, dirígese al taller: son las siete y diez minutos y la inusitada tardanza cuéstale una multa establecida: ¡veinticinco céntimos menos del mísero salario!

Así pasaron unos años, de dicha frágil y rosada, sólo interrumpida por el breve paréntesis estuoso; pero al cabo, el estudiante dedicado por el padre á más provechosos cuidados, hubo de interrumpir su retorno otoñal, y hasta supo la noticia que allá en el pueblo pensaba en constituir un hogar *serio* y *santo*. Ella, siguió luchando bravamente con el hambre y la deshonra, manteniendo viva, allá en lo secreto del ánima, una lámpara votiva para aquel imposible primer amor.

No le guardaba rencor. Ella se tenía la culpa. No era de su clase. ¡Había sido tan loca...!

Ya era una oficiala perfecta. Ganaba seis reales. Una tarde, al terminar la faena, la siguió un obrero joven: la habló de su oficio; de sus ansias por formar una familia; la ofreció su cariño, un honrado y recio cariño cordial.

La muchacha, aceptó encantada. Soñaba ya con su casita prevista, con la serena paz de su dicha conyugal...

Un buen amigo, proyectó en el espíritu diáfano del enamorado obrero, la sombra lejana de aquel novio estudiante.

Y ya el hombre, loco de amor y de celos, truncados los rumbos de sus andanzas, solo pensó en gozar, en explotar á la hembra, que turbó con sus encantos y con su *falsía* la tranquilidad de su vivir.

Logrólo al fin...; y á las promesas menti-

Biblioteca Nacional de España

das, sucedieron las negativas, las recriminaciones, los insultos.

Y ella, no le guardó rencor, se refugió en el recuerdo de su cariño primero, tan fatalmente memorado, y reía siempre, con risa amarga, acallando en el taller con sus donaires y carcajadas, las indiscreciones y burlas de la impiedad humana, y ahogando el murmullo de los suspiros y el huracán de sus pesares.

Un día, llamada al gabinete de pruebas, pudo reconocer en una cliente fastuosa que adquiría un riquísimo modelo, á Paquita, la antigua compañera de sus tareas de aprendizaje...

Y maldijo su honradez, y renegó de la vida, y al salir de la tienda, sumida en las angustias de la absoluta desesperanza, se le acercó un hombre, en quien reconoció al novio estudiante, al autor inconsciente de todas sus desventuras, que llegado á Madrid, quiso observar el deterioro sufrido por su delicioso *juguete*, de los pasados años universitarios...

Unas disculpas rendidas, unas tiernas invocaciones, bastaron á encender la pasión escondida.

Y ansiosa de amores viejos y de alegrías nuevas, la pareja marchó á un clásico «baile» de los bellos alrededores madrileños...

Y cuando se trenzaban los cuerpos amantes, al conjuro de la música organillera, con sus cadencias absurdas, surgió un hombre descompuesto, furioso, que atravesó al golpe certero de su puñal asesino el corazón de una mujer, que generoso, hasta en la muerte, floreció en unos claveles sangrientos...

* * *

Al día siguiente, «*El nuevo crimen pasional*» descrito en los periódicos, deleitó á los *aficionados* á las informaciones trágicas.

No fué un crimen pasional, no: Fué un «crimen social»; el frecuente crimen, perpetrado por los intelectuales que cantan las bellezas tristes del idilio del estudiante que mata en flor las ilusiones de la graciosa «Modistilla»; crimen, perpetrado por esas damas linajudas, tan cristianas y benéficas, que pagan las exhorbitancias de sus lujos, sin impedir, sin querer saber, que las pobres muchachas que dejaron en sus prendas costosas la claridad de sus ojos y el ramaje de sus pulmones, ganen por nuevo horas de agotador trabajo, dos reales y seis como máximo...

Crimen, de todos los que vemos impasibles que la calle sea la escuela del aprendizaje de esas niñas, *educadas* en la pública ineducación, y que por fuerza han de familiarizarse con el vicio, por si no le bastara el incentivo tan femenino de los atractivos de aquellos modelos elegantísimos que las rodean, como forma tangible de fantásticas bienandanzas culpablemente ofrecidas, por su instructor y desocupado viandante.

Es preciso evitar, que se las invite descaradamente á las kermeses y bailes inmorales—risueñas comparsas de la alegría de papeles y percalinas de colores—, y que se regule su trabajo prohibiendo su peligrosa misión de mandaderas; hay que decirlas, desde el periódico y la tribuna, que sus amores con los estudiantes, solo sirven para cerrarles la realidad futura de un hogar legítimo y feliz; para tronchar al cabo, el fragante rosal de su optimismo simpático; para manchar acaso la albura de su virtud inapreciable...

Hay que decirlas claramente:

¡Qué también en el amor, hay mercaderes...!

Manuel Figueroa

DE "EL FARAON"

Novela del polaco B. Prus

(Continuación)

Del CAPITULO II

Herhor dispuso que su ayudante de guerra sustituyese á Eunana en el mando de la vanguardia, que los soldados griegos desembarazasen de obstáculos la nueva ruta que había de seguir el ejército marchando en la retaguardia las máquinas de guerra y todos los vehículos.

Cuando tal disponía el ministro, el ayu-

Biblioteca Nacional de España

dante portador del gran abanico, se aproximó al secretario Pentuer y murmuró:

—Seguramente nunca más se podrá viajar por esta calzada...

—¿Por qué?—interrogó el joven é inteligente Pentuer, que era también sacerdote, gracias á su gran capacidad, no obstante ser de origen humildísimo.

—Si dos escarabajos impidieron nuestro camino, no convendrá en lo sucesivo utilizarla. Pudiera suceder una desgracia.

—Ya ocurrió. ¿No observaste que el príncipe se encolerizó contra el ministro? Nuestro señor no es de los que olvidan...

—No fué el ministro quien ofendió sino el que se sintió ofendido y por eso severamente reprochó al príncipe. E hizo bien, porque el príncipe ya se cree un segundo Menes...—dijo Pentuer.

—Más aún, Ramses el Grande—interrumpió el ayudante.

—Ramses el Grande obedeció á los dioses, y por eso en los templos se leen las inscripciones que en su alabanza se grabaron. Pero Menes, el primer faraón, fué un destructor del orden, y solamente gracias á la indulgencia de los sacerdotes aún se cita su nombre... Sin embargo, no daría una moneda por su momia, pues seguramente no existe.

—Mi querido Pentuer, sois un sabio, y comprenderéis que es indiferente para nosotros tener diez señores ú once...—dijo el ayudante.

—Pero para el pueblo no es indiferente tener que acumular una ó dos montañas de oro para los sacerdotes: para los sacerdotes y para el faraón—repuso Pentuer, y sus ojos brillaron con fulgor siniestro.

—Habláis de asuntos peligrosos—murmuró el ayudante.

—¿Cuantas veces vos mismo hablásteis con indignación acerca de los ruinosos gastos de la corte de los faraones y de los de los monarcas?—preguntó con asombro el sacerdote.

—¡Callad... callad! Aún hablaremos acerca de ésto, pero ahora guardemos silencio.

(Continuará)

CREPUSCULAR

El sol camina triste, lentamente al Ocaso
recorriendo impasible el firmamento azul;
cubriendo y descubriendo su cuerpo luminoso
con ténues nubecillas de encajes y de tul.

Su ardiente luz dorada en los campos enciende
paisajes palpitantes de vida y alegría,
y su imagen brillante, en las aguas del río,
al ser movidas, forma franjas de pedrería...

Mas al fin llega al sitio donde parece hundirse
y apagarse en las aguas del lago inmenso y frío;
y desde el horizonte, con sus dorados rayos
despídese del campo, del paisaje, del río...

Las nubes transparentes, al recibir del astro
la postrera caricia, con pudor de doncellas
tímidas, se sonrojan, y en el azul celeste,
cual banderas flotantes, aparecen más bellas.

...Y el sol desaparece detrás del horizonte
y el firmamento alegre se torna triste y gris,
y las densas tinieblas van la tierra cubriendo
hasta que en negras sombras se envuelve todo al fin...

* * *

Y en el cielo sombrío y oscuro
las fulgentes estrellas titilan
como lágrimas gruesas de plata
que tristísimos ojos destilan...

César A. Comet

Biblioteca de LOS QUIJOTES

Volúms.		Pesetas.
1	**El reverso del discurso de Maura ó la paja en el ojo ajeno.** *por E. Barriobero y Herrán* . . .	1,00

A los suscriptores de Los Quijotes 25 por 100 de descuento.

Cuentos Infantiles

100 surtidos	1,50	pesetas
500 —	6,00	—
1000 —	10.00	—

En la 4.ª plana de cubiertas puede usted anunciar su establecimiento ó sus artículos, sin que por ésto aumenten los precios arriba indicados.

LOS PEDIDOS A

E. G. LINERA

Pasaje del Comercio, 8

MADRID

Tip. de «Los Quijotes», Pasaje del Comercio, 8.—Madrid.

Biblioteca Nacional de España

á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba); y añadió diciendo: dichosa edad y siglo dichoso aquél á donde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro ¡O tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ó princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguaje: y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fue la del puerto Lapice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averigüar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes por ver si descubriria algún castillo ó alguna majada

quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino á llamar DON QUIJOTE: de donde como queda dicho tomaron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debía llamar Quijada y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se habia contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa y se llamó Amadis de Gaula, asi quiso como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Deciase él; si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: yo soy el gigante Caraculiambro, señor de la insula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡O cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y mas

Biblioteca Nacional de España

cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fue, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque segun se entiende, ella jamas lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla DULCINEA DEL TOBOSO, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino, y significativo como todos los demas que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPITULO II

De la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote.

Hechas pues estas prevenciones no quiso aguardar mas tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así sin dar parte á persona alguna de su intencion y sin que nadie le viese, una mañana antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuanta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fue que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á ley de caballería ni podia ni debia tomar armas con ningun caballero: y puesto que lo fuera habia de llevar armas blancas como novel caballero, sin empresa en el escudo hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase á imitación de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: ¿quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del zeloso marido por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó

Biblioteca Nacional de España